

Juan Bautista Bardi (Estudiante UBA - Abogacía y Filosofía) - Derecho y Lenguaje - Las palabras, las cosas y los muertos: una arqueología del saber criminológico según Zaffaroni

En 1966 Michel Foucault publica “Las Palabras y las Cosas”, inaugurando una nueva metodología (o perspectiva) en la indagación del pasado: la arqueología. Proceder de forma arqueológica implica analizar las condiciones históricas de posibilidad (o epistemes) que permitieron el surgimiento de un saber, y no de otro, en una determinada época – su a-priori histórico-. El efecto que produjo este tipo de análisis fue contundente: negar toda posibilidad de universalización o totalización histórica, y, más controvertidamente, rechazar una concepción lineal, progresiva o teleológica de su desenvolvimiento. En otras palabras, Foucault le estaba declarando la guerra a las filosofías de la historia de raigambre hegeliana.

Habiendo introducido la herramienta foucaultiana central de este trabajo, la pregunta sería ¿Qué tan útil puede ser la arqueología para pensar el *saber criminológico*? Una empresa ambiciosa sin duda, pero que intentaremos responder analizando la forma en que Zaffaroni traza el surgimiento y desarrollo histórico del *saber criminológico*, y determinando hasta qué punto es compatible o no con una indagación arqueológica.

Zaffaroni entiende a la criminología como un *saber* constituido por distintos *discursos* vinculados a la cuestión criminal. Lejos de proponer un desarrollo teleológico o un progreso lineal, Zaffaroni plantea un devenir anárquico, aunque no por eso discontinuo, marcado por las “luchas” de distintas corporaciones que pugnarán, y lo siguen haciendo, por instaurar un determinado *discurso* sobre la cuestión criminal. Pero el problema de su postura es que explica dicho desarrollo introduciendo conceptos, categorías, discursos y formas de relaciones ajenas a las distintas epistemes que analiza; la criminología de Zaffaroni guarda un anacronismo insuperable, el cual queda evidenciado en la aparente estructura etiológica biologicista que “descubre” en el *Malleus Maleficarum* y que luego “transporta” a la criminología post-lombrosiana cuatro siglos más tarde. Bajo un enfoque arqueológico esto no sería posible; leer el *Malleus Maleficarum* buscando elementos propios de la “biología” sería no advertir que la “vida”, como la entendemos hoy, fue posible solo en la episteme moderna.

Seguir su propuesta implicaría sostener, erróneamente, que las condiciones históricas de posibilidad (las epistemes) que permitieron el surgimiento de ambos *discursos criminológicos* fueron (y son) las mismas. Lo problemático es que esta postura no es inocente, ya que dicha “unificación de epistemes” tiene efectos concretos en su teoría; es la que luego autoriza a Zaffaroni a apelar a otros *discursos criminológicos anacrónicos* para fundar su propuesta de como operar sobre dicho *saber*: puntualmente nos referimos a la *Cautio Criminalis* de Friederich Spee von Langesfeld (1631).

Si ni siquiera nos es posible rastrear en el *Malleus* el origen de la estructura etiológica biologicista del *discurso criminológico moderno*, tampoco podríamos, o por lo menos no deberíamos, utilizar la estructura discursiva del *Cautio Criminalis* como piedra angular para construir un enfoque crítico del *saber criminológico*; y no porque tomar la obra de Spee no pueda tener cierto grado de efectividad en relación al objetivo que Zaffaroni le impone al derecho penal, sino porque caer en este anacronismo no nos dejaría advertir el elemento más importante que estaría operando en la criminología lombrosiana; el *biopoder*. Si bien es cierto que analizar este concepto nos obligaría a dejar de lado la noción de episteme, esto no impugnaría la crítica previamente realizada; tan solo cambiaríamos el objeto de estudio, centrándonos no solamente en el *saber criminológico*, el cual presenta exclusivamente elementos discursivos, sino también en el *dispositivo criminológico*, que agrega aquellos no discursivos. En este sentido, el *dispositivo criminológico moderno* respondería a prácticas discursivas y no discursivas totalmente ajenas al *dispositivo inquisitorial renacentista*.